

Un cuento perfecto

En su *Historia de la literatura hispanoamericana*, Enrique Anderson Imbert hace esta aseveración sobre Quiroga: «No le conocemos ningún cuento perfecto; en general escribía demasiado rápidamente y cometía faltas, no sólo de estilo, sino de técnica narrativa». Aunque a continuación el crítico argentino admite que «la suma de sus cuentos revela un cuentista de primera fila en nuestra literatura», lo cierto es que se está haciendo eco de acusaciones semejantes contra Horacio Quiroga que ya habían emitido Jorge Luis Borges y Guillermo de Torre.

Ante todo uno podría preguntarse: ¿qué es un cuento perfecto? ¿En qué consiste esa perfección? ¿Cómo determinar la perfectibilidad de un cuento? Francamente, no es nada fácil responder a estas preguntas. Si con toda razón el crítico cubano Salvador Arias afirma que «definir qué cosa es un buen cuento es mucho más difícil que sentir que tal o más cual muestra del género colma nuestros requerimientos al respecto», indagar en qué radica la perfección de un cuento multiplica esas dificultades. ¿Quizás en el equilibrio entre sus dos componentes principales, esto es, lo que se cuenta y la forma de contarlo? ¿Quizás en la manera de conducir la historia, de modo que fluya con la naturalidad de una corriente? ¿Quizás en la elección del material narrativo y así el lector *sienta* que nada sobra ni falta? ¿Quizás en el creciente interés que la historia despierta por la hábil colocación de sus distintas partes? ¿Quizás en la justeza de los medios expresivos, donde cada palabra está cuidadosamente escogida y resulta irremplazable? ¿Quizás por el trazado de los personajes, el vigor de las situaciones y lo sugestivo de los ambientes? El resumen de todo esto podría ser que un cuento «perfecto» es aquel en que se cuenta algo de interés, significativo, de hondo valor humano (ya que el hombre escribe para el hombre) y está *bien* contado. Naturalmente, este *bien* nos remitiría de nuevo al desglosamiento que intentamos, pues atañe a los procedimientos literarios de la narración corta. Y no hay fórmulas que nos permitan determinar el *cómo* de esa perfección. A lo más que podemos aspirar es a una *observación* cuidadosa de los recursos utilizados por un autor, y siempre teniendo en cuenta que estos recursos son flexibles, ya que pueden variar (de hecho varían) de un escritor a otro.

A mi entender, Quiroga tiene un cuento que satisface plenamente esa exigencia de perfección que le demanda (negándole) el historiador literario rioplatense. Seguramente hay otros en su vasta producción, pero yo quiero proponer este como modelo de la cuentística quiroguiana. Se trata del titulado *Una bofetada*.

Es uno de los pocos cuentos de ambiente social de Quiroga (*Los mensús* y *Los desterrados* serían otros ejemplos), en el cual se propuso aludir (describir sería excesivo) a la existencia de los jornaleros en los *obrajes*, esto es, en las talas de bosques, del río Paraná. Aunque a grandes rasgos y de un modo circunstancial, quiso mostrar sus duras condiciones de vida y de trabajo, el abuso, las humillaciones que se ejercen contra ellos.

Y el desprecio en que se les tiene por ser indios y mensús. Es decir, dos conflictos centrales apuntan en su relato: el conflicto social y el conflicto racial. Pero lo hizo, siguiendo una constante de su narrativa, a través del individuo, de la persona singular, no de un conglomerado; si bien, por supuesto, este individuo no es un ente aislado sino que conjuga en sí una colectividad. Pero para los efectos de la historia funciona aisladamente, y la esfera social en que está inscrito sólo se trasluce como fondo; mas tan hábil y paladinamente utilizada por el autor que está presente en toda la narración, confiriéndole una profunda y dramática significación.

Igualmente Quiroga va a contar una historia muy cruel, casi brutal, y tal vez de ahí que la cuente con aparente suma frialdad, sin acentuar en ningún momento su dramatismo y distanciándose él lo más posible. Sabiamente disimula su participación, pues sabe que si los hechos están bien elegidos y poseen en sí fuerza suficiente conmoverán al lector sin necesidad de que el autor los enfatice. Esto se llama objetividad, pero una objetividad que no excluye sino que sutilmente revela la raíz subjetiva de su arte. En esto Quiroga fue un maestro. Y el cuento *Una bofetada* se puede tomar como modelo de esa maestría.

Desde el comienzo, aplicando el consejo que da en su decálogo de que «en un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas», apunta la esencia del cuento al decir que:

Acosta, mayordomo del *Meteoro*, que remontaba el Alto Paraná cada quince días, sabía bien una cosa, y es esta: que nada hay más rápido, ni aún la corriente del mismo río, que la explosión que desata una damajuana de caña lanzada sobre un obraje.

Con un lenguaje sencillo, casi impersonal, Quiroga ha situado su cuento, entrando directamente en materia. El lector ya sabe dónde va a desarrollarse la historia, y su interés ha quedado atrapado por dos cosas: el por qué una damajuana de caña desata una *explosión* en un obraje, y la complicidad del mayordomo Acosta (*sabía bien una cosa*) en los sucesos que van a producirse.

Lo primero es revelado por Quiroga en el siguiente párrafo de esa manera aparentemente inadvertida que ha usado para iniciar su cuento. Dice: «En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado». ¿Cuáles son esos resentimientos y amarguras que no conviene que los mensús recuerden? Aún Quiroga no los ha expuesto pero ya los ha sugerido, y a medida que el cuento se desarrolle veremos que se trata de la explotación, los abusos y las ofensas a que los peones están sometidos. Los explotan como trabajadores y los desprecian por indios. Así, de esta forma como deslizada, presenta Quiroga el problema social y racial. Y con una sola palabra descubre el sistema que prevalece en los obrajes: *militarizado*. Esto lo dice todo.

Acosta vende clandestinamente pequeñas dosis de alcohol a los mensús. Lo hace, con seguridad, para ganarse algún dinero y para proporcionar un poco de alegría a hombres que durante meses y meses viven en el más completo aislamiento y trabajando en las más difíciles condiciones. Pero además hay otra razón que Quiroga va a revelar en la discusión con Korner: Acosta es mestizo: es decir, por sus venas corre sangre india, y

esto lo hace simpatizar con los mensús, ser su cómplice en la trasgresión de las rígidas leyes que prohíben la venta de caña en los obrajes.

Quiroga relata a seguidas, con una concisión admirable, el suceso que dará origen al conflicto principal de su cuento. Acosta ha vendido a los peones de Puerto Profundidad, donde el barco se halla, más aguardiente del prudencial:

El resultado fue un *regocijo* entre los mensús tan profundo, que se desencadenó una vertiginosa danza de *baúles* y *guitarras* que volaban por el aire. El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester una nueva danza, pero esta vez de *rebenque* sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual y *el capitán tenía el golpe rápido y duro*. La tempestad cesó enseguida. Esto no obstante, se hizo atar en pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.

(Los textos en cursiva han sido marcados por mí).

Aparte de la plasticidad de esta escena, de su síntesis descriptiva, la simpatía de Quiroga por los mensús se evidencia por el sustantivo y la imagen que emplea para representar su algazara: *regocijo* y *danza de baúles y guitarras*. La algarabía no es pintada como una reyerta, ni siquiera como una escandalera grosera, sino más bien como una fiesta de muchachos. Nada es trágico en ella, por el contrario todo es jubiloso. A continuación, la imagen de la danza es reiterada, pero con un sentido diametralmente opuesto: ahora es de *rebenque*, esto es, de latigazos, y los propinan los pasajeros —que como ya antes ha informado están compuestos por «dueños y mayordomos de obrajes»—, destacándose el capitán, que tiene *el golpe rápido y duro*. Más adelante vamos a ver la importancia que para el cuento tienen estos dos elementos introducidos aquí: el látigo y la forma de golpear con él, así como el uso *habitual* del primero. Como de un modo fortuito, intrascendente, introduce asimismo Quiroga al protagonista de cuento: el mensú *más levantisco que los demás* que atan al palo mayor del barco. Con la expresión subrayada Quiroga ya lo ha caracterizado.

Se produce entonces la discusión entre Korner, dueño del obraje de Puerto Profundidad, y Acosta. Es aquí donde se revela el mestizaje de Acosta, lo cual justifica la venta excesiva de alcohol a los mensús y el resentimiento que van a provocar en él las increpaciones del propietario.

Furioso, Korner, abandona el despacho de Acosta, y al subir a cubierta ve al *indiecito* amarrado. Cree reconocerlo. Aquel indiecito «de ojos fríos y bigotitos en punta» era un peón «con quien había tenido algo que ver tres meses atrás». La rabia de Korner, los ojos fríos del indiecito, que al dueño del obraje le parece que lo miran con ironía, el haber tenido una disputa con él tiempo atrás y el hecho de que esté amarrado, es decir, indefenso, provocan que Korner descargue su ira contra él. Lo abofetea. No pudo golpear a Acosta, que no era indio sino mestizo, y además mayordomo del buque y con los brazos libres, pero se venga en el joven mensú. Con estos cuatro detalles Quiroga muestra una situación social y anímica normal en estos medios, amén de acentuar la caracterización de su protagonista y delinear los rasgos del antagonista. Ira, prepotencia y cobardía diseñan a este último, en tanto que al primero Quiroga lo define psicológicamente mediante la «sonrisita» que no se aparta de sus labios. Sonríe mientras, rojo de rabia, Korner se acerca a él; continúa «mirándolo con su minúscula sonrisa» cuando Korner lo insulta de palabra; y únicamente al recibir la bofetada, «se puso lívido, y miró fija-

mente a Korner». No obstante la ofensa, la reacción del indiecito es serena, fría. Sólo pronuncia dos palabras: «Algún día...».

La técnica objetiva de Quiroga se ilumina aquí meridianamente: trazado de los personajes por su comportamiento, por la manera en que se conducen, definición de la situación y de las intenciones por los signos exteriores de la acción, ausencia absoluta de toda intervención del autor. El acto expresándose por sí mismo, diciéndolo todo.

La exposición del cuento termina con este episodio, donde, con las amenazadoras palabras del indiecito, se ha cerrado el nudo del conflicto.

Luego, brevemente, Quiroga se aparta del tema central para resolver la situación que ha dejado pendiente entre Korner y Acosta, y narra cómo el mestizo se cobra las injurias del dueño del obraje surtiendo de aguardiente a los trabajadores de Puerto Profundidad, y perjudicando así los intereses del propietario; hasta que, de propia voluntad, decide «no alimentar más el fuego». Considera cumplida su venganza y está satisfecho de las ganancias que ha obtenido de la venta ilícita del alcohol, «todo sobre la propia cabeza pelada de Korner». Apelando al narrador indirecto, que en cierta forma asume la intimidad del personaje, Quiroga constata que el mestizo se ha reído de «su cara colorada, su lengua larga y su maldito obraje».

Falta la venganza del indiecito, a quien Quiroga no da nombre, como para identificarlo con todos los mensús que trabajan en los cortes de árboles. Rompiendo la supuesta unidad de tiempo de una narración breve, Quiroga hace transcurrir dos años entre el suceso del buque y el momento en que lo retoma. Pero la unidad de acción no se ha quebrado, pues el propósito de venganza del indiecito continúa siendo el hilo que desovilla la trama. Aquí, y no en el tiempo, está la verdadera cohesión de un cuento, y Quiroga lo sabe. Lejos de dañar la historia, el tiempo transcurrido sin que el indiecito logre su objetivo aviva el interés por lo que va a pasar. Entretanto, Quiroga aprovecha este lapso para perfilar la personalidad de su protagonista e ilustrar acerca de la vida de los mensús en las poblaciones del Alto Paraná. Es este el pasaje de mayor amplitud social del cuento, desde un punto de vista de exposición de las costumbres, los gustos, las relaciones hombre-mujer entre los pobladores indios.

Quiroga hace pasar un año más. Son ahora tres los que distancian al indiecito de la bofetada que recibiera; tiempo suficiente para que el indiecito se hubiera olvidado. Pero él no lo olvida; por el contrario, está tan presente en su memoria como si hubiera ocurrido ayer, con lo cual una supuesta característica que se le atribuye al indio, el rencor, es mostrada tácitamente. Y que la molicie que invade al indiecito no es en él sino acecho de la oportunidad que busca, lo sugiere Quiroga contando los fracasos que sufre en su afán de acercarse a Puerto Profundidad:

Descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar a donde quería. Pero era en vano: en todos los obrajes se le aceptaba con placer menos en Profundidad; allí estaba de más. Cogíalo entonces una nueva crisis de desgano y cansancio y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Ante la imposibilidad, por lo menos transitoria, de alcanzar lo que se propone, el joven mensú deja de contratarse para laborar en las talas y se habitúa a la vida cómoda, placentera que le acarrera la aceptación que tiene entre las mensualeras. Ironizando, y para poner de manifiesto que su personaje no es un héroe, sino un indiecito común

y corriente, simpático, atractivo para las mujeres, Quiroga dice que reemplaza «el antiguo y duro cansancio de los brazos» por la «constante fatiga de las piernas». Y con cuatro pinceladas pinta el barrio en que tan holgadamente transcurre su vida en Posadas:

No salía de ese barrio de los mensús; pasaba del rancho de una mensualera a otra; luego iba al boliche; después, al puerto a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensús, para concluir de noche en los bailes de a cinco centavos.

En suma, la existencia de un Don Juan al borde de la corriente del Paraná, en la zona tropical del norte argentino, entre los apretados bosques hartos de fieras: algo inusual en este tipo de relatos, pero que la paleta realista, verídica de Quiroga destaca.

Sin embargo, la necesidad imperiosa del trabajo en esos medios donde la naturaleza es casi una enemiga del hombre y para vencerla éste debe irremediabilmente enfrentársele, no concibiéndose por ello el holgazán, es deslizada por Quiroga en las burlas que los demás peones le dirigen al indiecito. Lo zahieren insinuándole que le gusta más «la bailanta» que el hacha. Dado el insulto a su hombría que comportan estas bromas, en otras circunstancias el mensú reaccionaría violentamente. Quizás se liaría a machetazos con sus compañeros.

Mas ahora soporta tranquilamente sus invectivas, no se encoleriza, reserva su fiereza para quien sí en verdad lo ha ofendido.

Comenta Quiroga, con un toque de humor, que «sonreía, satisfecho de sus bigotes y su melena lustrosa».

Y la ocasión aguardada, tan anhelada por él, se le presenta súbitamente al indiecito:

Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desembarcados. Se trataba del arriendo del Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayrá, por la empresa que regentaba Korner.

El indiecito no lo piensa, se hace contratar inmediatamente y tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, *después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.* (Cursivas mías, C.L.)

Si he subrayado estas últimas líneas es porque resultan clave respecto al tratamiento en Quiroga del problema social. Aun cuando el abuso que se comete con los obreros de Misiones está implícito en la narración (como lo está en otros de sus cuentos), no oculta las flaquezas e inconsecuencias de éstos. Al igual que en «Los mensús» el peón Cayetano Maidana, luego de escapar a costa de mil riesgos del infierno del obraje donde trabajaba, se emborracha en Posadas y vuelve a contratarse para otro obraje y así repetir el ciclo de su vida miserable, aquí Quiroga exhibe una situación muy similar, pero referida no a un solo hombre sino a una «tropa de mensús». También ellos seguramente se emborrachan, juegan, se acuestan con prostitutas, dilapidando en unas pocas horas, *fantástica y brutalmente*, el dinero ganado en nueve meses de extenuante labor y, tan sólo tres días después, deben remontar otra vez el Paraná hacia un nuevo obraje. La sinceridad del arte de Quiroga se transparenta en este pasaje. No es dotando a sus personajes de falsas virtudes como logrará despertar la solidaridad hacia ellos. Pues aunque no lo explicita, sabe que el lector deducirá que su conducta es consecuencia de las inhumanas condiciones de vida en que se desenvuelven. En esta sinceridad, en esta objetividad se afina la fuerza testimonial de los relatos de Quiroga.